FE de las JONS

continuamos aquí

Revista transversal de la Territorial de Valencia
de Falange Española de las J.O.N.S.
3ª época / Número 8 / Febrero de 2009 / Precio solidario: 1,5 €

Veintisiete puntos

Síntesis del pensamiento nacional sindicalista

Un nuevo periódico está a punto de nacer en Valencia para toda España

Patria Sindicalista

Toda la información en **www.patriasindicalista.es**

Nuestra palabra

¿Adiós?

Este número 8, correspondiente a febrero de 2009, es el último número de "Continuamos aquí".

Como ya avanzamos en el número de enero, "Continuamos aquí" va a dar paso, en breve, a "Patria Sindicalista", un periódico mensual del que, a lo largo del año, aparecerán diez números, tendrá un tamaño tabular, dieciséis páginas a todo color, y colaboradores de punta a punta de la nación.

Dos sentimientos, pues, nos embargan a quienes, en diferentes etapas, hemos invertido no poco tiempo e ilusión en este proyecto que alcanza hoy su meta y objetivos. Por un lado, la del regusto amargo de algo que se nos va; por otro, la de la alegría enorme por una idea que, en un puñado de días, va a materializarse.

Sea cual sea el sentimiento, que a nadie le quepa la menor duda de que para que "Patria Sindicalista" empieze a andar en marzo próximo, antes ha tenido que existir un boletín que, en Valencia, ha servido para mantener viva la llama del nacional-sindicalismo en unos momentos de desilusión, cuando no de zozobra y abandono. Para quienes amamos a la Falange valenciana, "Continuamos aquí", fundado y dirigido durante años por nuestro entrañable José Luis Martínez Morant, representará siempre la certidumbre y la rectitud del camino a seguir.

Nace "Patria Sindicalista", pues, no de la nada, sino con un gran bagaje. La escuela de "Continuamos aquí" ha dado su fruto, de tal manera que estos mimbres van a servir de sólido armazón a las columnas de "Patria Sindicalista".

Para nuestros amigos y camaradas, un anhelo: que rodeen, allá donde se encuentren, "Patria Sindicalista" con el mismo cariño y atención que tuvieron por estas páginas.

Para nuestros enemigos, el inevitable recordatorio: no sólo no hemos desaparecido del mapa, sino que estamos con más ganas que nunca de combatir por la unidad y libertad de España, y por la justicia social para las clases sociales más desfavorecidas.

¿Adiós? No, hasta muy pronto.

¡Por la República nacional-sindicalista!
¡Arriba España!

El mejor epílogo

Los fundadores del nacional-sindicalismo —hablamos fundamentalmente de José Antonio Primo de Rivera y Ramiro Ledesma Ramos— murieron en 1936; esto es, hace más de siete décadas.

No es extraño, pues, que el inexorable paso del tiempo haya dejado alguna muesca en un pensamiento que, a pesar de los años transcurridos, resulta, pese a todo, absolutamente atractivo y, *con la que está cayendo*, actualísimo.

Para cerrar la edición de *Continuamos aquí*, la redacción ha tenido a bien seleccionar un magnífico texto de Juan A. Aguilar, persona de talento y de fina dialéctica, que nos propone una actualización de los *veintisiete puntos* de la Falange que, por razones más que obvias, está en las antípodas de las toscas y extraviadas elucubraciones de algunos revisionistas, que más que revisiones son autojustificaciones para un *si te he visto, no me acuerdo*.

La doctrina es, para nosotros, el conjunto de ideas que hablan de lo perenne y, por tanto, se convierte en el indispensable cemento que une los ladrillos de la acción y, sin la cual, carecería absolutamente todo de sentido. Ya lo dijo José Antonio de forma muy clara: la acción desprovista de pensamiento es pura barbarie.

Inviolabilidad de la persona humana, sentido espiritual de la existencia, amor a la unidad, grandeza y libertad de la Patria, justicia social y otros valores de similar rango, hacen que seamos lo que somos: falangistas. Si careciéramos de esos valores en su conjunto o de alguno en particular, ya no podríamos llamarnos, en sentido estricto, falangistas.

Conocer la doctrina, asimilarla y hacer de ella el eje de nuestro comportamiento personal y colectivo es, en consecuencia, un deber ineludible. El falangismo, el nacional-sindicalismo, no es una *opción más* en el océano de la ideologías contemporáneas. Es una forma de *ser* y de *estar*, un compromiso nacional y social, una forma *netamente española* de trabajar por la elevación material y espiritual de nuestros connacionales.

Los difíciles momentos por los que atraviesa España bajo el desgobierno social-demócrata, nuestra acerada crítica del letal sistema de valores dominante, y nuestros posicionamientos políticos radicales en cuestiones puntuales, no pueden, en ningún caso, apartar nuestra mirada de principios que son, no un semioculto tesoro para conocimiento de *iniciados*, sino bandera de la revolución cotidiana. ■

Tu ayuda es necesaria, colabora con
el impulso revolucionario
de Falange Española de las JONS

Ayudas y donaciones a la cuenta núm.

0081 0204 02 0001199420

Veintisiete puntos

Síntesis del pensamiento nacional-sindicalista

PRÓLOGO

A mediados de los años setenta, la organización falangista FE-JONS (Auténtica) publicó un pequeño librito titulado *Síntesis del pensamiento joseantoniano* en el que se ofrecía una compilación de la doctrina de José Antonio en base a sus propios textos, discursos, artículos, etc. Treinta años después, recogemos de nuevo la idea para elaborar un trabajo un poco más amplio: una síntesis del pensamiento nacionalsindicalista. Para ello, creemos haber seleccionado una aceptable colección de textos de José Antonio Primo de Rivera, Ramiro Ledesma Ramos, Julio Ruíz de Alda, Onésimo Redondo, además de alguna aportación aislada —pero autorizada— como la del profesor Adolfo Muñoz Alonso. Como es fácil imaginar, la principal dificultad de un trabajo de este estilo consiste en compatibilizar textos de ensayo con artículos, entrevistas con discursos, etc., géneros que tienen estructuras lingüísticas bien diferenciadas y que nos ha obligado —ciertamente, en muy pocas ocasiones— a tomarnos la licencia de incluir alguna conjunción o preposición que ayudara a encadenar los párrafos. Igualmente difícil es conjuntar estilos literarios tan distintos como tenían los autores antes referenciados. El resultado final es el presente trabajo que esperamos sea del agrado del lector y, sobre todo, cumpla el objetivo que lo ha motivado.

¿Cuál es ese objetivo? Fundamentalmente, poner a disposición de los nacionalsindicalistas —y de aquellos que sin serlo, están interesados en conocer dicha doctrina política—, un instrumento que, sin necesidad de tener que acudir a obras voluminosas o a libros imposible de encontrar, exponga de una forma global lo que significa el nacionalsindicalismo, partiendo, exclusivamente, de las fuentes históricas. Muchos se verán sorprendidos del alcance de las ideas compiladas aquí, alcance que posiblemente le habría pasado inadvertido al lector en los textos originales.

Queremos significar que —como ocurre con todo en la realidad— ésta no es una síntesis neutral. Frente a una imagen distorsionada del falangismo, impuesta al público durante décadas de manipulación, en la que éste aparecía como un movimiento violento, ultraderechista y prácticamente vacío de doctrina, creíamos necesario hacer hincapié en el carácter social revolucionario de los fundadores del nacionalsindicalismo, que consideramos tan esencial para la Falange como el patriotismo crítico o el concepto del hombre. Alguien podría pensar que el texto pretende llevar a cabo una "izquierdización" de la Falange. No es esa la pretensión, ni mucho menos, pero sí exponer un enfoque —tan legítimo como otros— en el que se contemple lo que muchos consideramos como esencia más original y contestataria del nacionalsindicalismo. No reconocer lo que algunos denominan "izquierdización" obedece a una falta de honradez intelectual muy típica de ciertos sectores ideológicos enemigos del falangismo o, lo que es más común, una incapacidad clamorosa para entender la esencia de los movimientos revolucionarios anteriores a la II Guerra Mundial. Cuando Mussolini dice en 1944 que "La República Social Italiana será la república de los obreros italianos y se propone realizar todos aquellos postulados que durante cuarenta años han estado escritos en la bandera de los movimientos socialistas" (*El Fascismo en su época*, E. Nolte, pág. 510), es insostenible pensar que lo hace de una forma gratuita y más en un momento tan avanzado de la guerra; cuando Lenin afirma: "Haced de la causa de la Nación la causa del pueblo, y así, la causa del pueblo será la causa de la Nación", ¿hay que pensar que Lenin se "derechiza"? Evidentemente, no se pueden sostener argumentos tan simplistas cuando la distancia histórica ya es suficiente para poder argumentar interpretaciones más rigurosas y elaboradas. Por otro lado, el sentido revolucionario en lo social del nacionalsindicalismo es perfectamente captado por observadores de la época de muy distinto signo político. Así, el historiador francés Christian Rudel, en su libro *La Phalange* escribe: "José Antonio tiene perfecta conciencia de que su programa de radical reforma agraria, de redistribución de la población, de propiedad sindical, de nacionalización de la banca es, con mucho, el más revolucionario de los que fueron propuestos a España en 1936. Está a cien codos por encima del programa del Frente Popular". En el otro extremo del espectro político, Roberto Cantalupo, embajador de Italia en la Salamanca de 1937, describe a los nacionalsindicalistas que continuamente le visitan, de la forma siguiente: "falangistas todos de izquierda y republicanos (...) Ahora era la guerra civil pero con la ocupación de Madrid éstos (los falangistas) habrían de hacer ver lo que era la Falange: sinistra, izquierda..." (*Fu la Spagna*, R. Cantalupo, pág. 150-151). Testimonios así deben ser tomados en cuenta por todo el que quiera analizar los hechos con un mínimo de objetividad. Existe otro de estos testimonios —que considero definitivo— sobre la atmósfera ideológica que se respiraba en el ambiente nacionalsindicalista de aquellos años turbulentos. En una carta al ministro de Asuntos Exteriores de Inglaterra, Mister Eden, el 3 de septiembre de 1944, el dirigente socialista español D. Indalecio Prieto escribe refiriéndose a José Antonio: "¡Cómo quería fundar el Partido Social Español! ¡Cómo me alentaba para que yo recogiese lo más sano de lo que en España se llamó Partido Socialista y marcháramos juntos! ¡Cómo me hizo dudar y vi que estábamos rebasados! Sin guerra civil —inevitable— todo era imposible. Pero no era la guerra que preve-

continuamos aquí

FE de las JONS

Falange Española de las JONS
Territorial de Levante
Calle Pizarro, 1-3ª
46004 Valencia (España)
Teléfono: **96 351 48 21**
Teléfono permanente: **626 673 628**
www.fe-jons.es
falangevalencia@telefonica.net
Diseño y edición: equipo propio
Depósito Legal: V-163-2008

íamos la que ocurrió, sino esa civil no militar. Y cuantos me reprochaban las defensas de ese joven impetuoso y bien intencionado, conocen mi respuesta. Es que también le debía la vida, porque él y su gente me custodiaron hasta mi domicilio una noche en que algunos que se decían correligionarios míos habían acordado abolirme. Ya conoce V.E. Por escrito el episodio. Son páginas personales que dicen muchas cosas". Es esta imagen tan desconocida por la opinión pública la que hemos querido resaltar, sobre todo, por un sentido de justicia con los creadores de la doctrina nacionalsindicalista.

Por último, quiero señalar algunos aspectos de esta obra que pueden resultar polémicos. En primer lugar, el lector debe ser consciente que tiene delante unos textos cuyo léxico corresponde al de los años treinta. Algunos términos pueden resultar confusos o equívocos; por ejemplo, la palabra "totalitario" está utilizada en dos sentidos: por un lado, en un contexto ideológico para definir algo perteneciente o relativo a la totalidad, que incluye la totalidad de las partes o atributos de una cosa, sin merma de ninguna clase; por otro lado y con un sentido político, en la actualidad se utiliza para referirise a los Estados totalitarios, aquellos que, con modos autoritarios, informan a toda la sociedad con un discurso único. Hay que apelar de nuevo a la honradez intelectual del lector a la hora de interpretar adecuadamente los textos. En segundo lugar, señalar que hay algunas referencias a problemas que actualmente no tienen la intensidad que tuvieron en la época fundacional e, igualmente, se deja notar la lógica ausencia de otros problemas que entonces no existían o, por lo menos, no habían alcanzado el nivel de conflictividad actual (ecología, mundialización de los capitales, de la técnica y las comunicaciones, globalización, etc.).

Esperamos que esta modesta obra sea un pequeño paso más en esa larga marcha que se inició hace más de setenta años para llevar generaciones de españoles la realidad de una ideología que ha sufrido, desde siempre, la más terrible de las manipulaciones. Hasta el punto de que, en este incipiente siglo XXI, son muy pocos los españoles que identificarían el nacionalsindicalismo con lo expuesto en estas páginas. Pesa mucho más, sin duda, lo que transmitió durante años el régimen autoritario de Franco y, posteriormente, el entramado corrupto liberal de la Restauración monárquica que asola las tierras de España desde 1978.

Por nuestra parte, el objetivo queda ampliamente conseguido con que un solo lector entienda porqué durante décadas muchos falangistas hablaron y lucharon por una "revolución pendiente".

Juan A. Aguilar

Por la Patria, el pan y la justicia

NACIÓN. UNIDAD. IMPERIO

1 España es una comunidad popular con un destino propio, una entidad histórica diferenciada de las demás en lo universal por una propia unidad de destino, una misión universal que cumplir. Fortalecerla, elevarla y engrandecerla es la apremiante tarea colectiva de todos los españoles.

España no se ha justificado nunca sino por el cumplimiento de un universal destino, y le toca ahora cumplir éste: el mundo entero está viviendo los últimos instantes de la agonía del orden capitalista y liberal; ya no puede más el mundo, porque el orden capitalista liberal ha roto la armonía entre el hombre y su entorno, entre el hombre y la Patria.

Por una serie de razones (clases medias poco vigorosas, deficiente atmósfera patriótica en el país, gran confusionismo en torno a la causa nacional) en España se necesita de un modo extraordinario el concurso de los trabajadores y las juventudes nacionales se verán obligadas, con más intensidad que en otros pueblos, a dar a su revolución un signo social fuerte, todo lo avanzado que requiera el cumplimiento de esa consigna de incorporación proletaria.

La gran tarea de nuestra generación consiste en desmontar el sistema capitalista —desmontar el capitalismo, implantar el orden nuevo, no es sólo una tarea económica: es una tarea moral—. Esa es la labor verdadera que corresponde a España y a nuestra generación: pasar de esta última orilla de un orden económico-social que se derrumba a la orilla fresca y prometedora del orden que se adivina; tender un puente para empalmar los restos de una civilización en plena decadencia con los principios de la nueva, construyendo la arquitectura del nuevo sentido de la vida. He aquí la tarea de nuestro tiempo —una grande y bella tarea para quienes de veras considerasen a la Patria como un quehacer—: devolver a los hombres los sabores antiguos de la norma y del pan; hacerles saber que la norma es mejor que el desenfreno; llegar a formas más maduras en que vuelva a hermanarse el individuo en su contorno por la reconstrucción de unidades naturales de convivencia; aligerar su vida económica de la ventosa capitalista; verter el acervo de beneficios que el capitalismo parasitario absorbe en la viva red de los productores auténticos. Ello nutriría la pequeña propiedad privada, libertaría de veras al individuo y llenaría de sustancia económica las unidades orgánicas verdaderas: la familia, el municipio y el sindicato.

A la realización de esa tarea que al alumbrar las nuevas formas de vida colocará a la cabeza del mundo a la primera nación que lo logre, habrán de plegarse inexorablemente los intereses de los individuos, de los grupos y de las clases.

2 Una nación no es una lengua, ni una raza, ni un territorio. Una nación es una unidad en lo universal, es el grado a que se remonta un pueblo —una comunidad material de existencia— cuando cumple un destino universal en la Historia. No todo pueblo ni todo agregado de pueblos es una nación, sino sólo aquellos que cumplen un destino histórico diferenciado en lo universal.

España es varia y es plural, pero sus pueblos varios —con sus lenguas, con sus usos, con sus características— están unidos irrevocablemente en una unidad de destino en lo universal. No importa nada que se aflojen los lazos administrativos; no hay nada que choque con la idea de una pluralidad legislativa, de admitir libertades regionales, administrativas y jurídicas que no contradigan la unidad política de España. Lo que tenemos que examinar en cada caso cuando avancemos hacia esa variedad legislativa es si está bien sentada la base

inconfundible de lo que forma la nacionalidad española, es decir, si está bien asentada la conciencia de la unidad de destino. La nación no es una realidad geográfica, ni étnica, ni lingüística: es sencillamente una unidad histórica.

Hoy España es un país con la periferia rica, constituida por pueblos con conciencia de sí mismos, y con un centro constituido por un sector pobre y decaído, formando el total una unión siempre inestable y con tendencia a la descomposición. Las fuerzas políticas secesionistas hablan a lo primitivo y elemental de la juventud, y cometen el crimen de lesa patria de infiltrar odios en esa juventud al conjunto, a nuestra unidad.

Toda conspiración contra esa unidad es repulsiva. Nuestra generación no es dueña absoluta de España; la ha recibido del esfuerzo de generaciones y generaciones anteriores, y si aprovechara este momento de su paso por la continuidad de los siglos para dividir a España en pedazos, nuestra generación cometería para con las siguientes el más abusivo fraude, la más alevosa traición. Todo separatismo es un crimen cuyos últimos efectos llevan a la ruptura de toda solidaridad española; las corrientes separatistas son la negación de España.

3 No somos nacionalistas, porque el nacionalismo es el individualismo de los pueblos: la nación es el pueblo considerado en función de la universalidad.

Queremos una España libre como Patria, que no soporte ni el aislamiento internacional ni mediatizaciones extranjeras ni trato colonial en lo económico. La política internacional de España deberá regirse por su interés y su conveniencia, nunca por imposición de una potencia extranjera hoy no se la tiene en cuenta, carece de política internacional.

España es varia, y justamente por eso ha tenido desde sus orígenes una vocación de imperio —y que los que se atemorizan o sonríen, alejen la creencia de que decir "imperio" es decir conquista de tierras y naciones por medio de la guerra; hoy toda conquista sería un expolio y un robo—. España no se justifica por tener una lengua, ni por ser una raza, ni por ser un acervo de costumbres, sino por una vocación imperial —una función universal: Imperio es decir trascendental— para unir lenguas, para unir razas, para unir pueblos y para unir costumbres en un destino universal. Por su sentido de universalidad ganó España al mar y a la barbarie continentes desconocidos. Los ganó para incorporar a quienes los habitaban a una común empresa, a una empresa universal de salvación: la plenitud histórica de España es el Imperio.

Tenemos voluntad de Imperio. Hay que conquistar para España la rectoría en las empresas universales del espíritu. Cuando el mundo se desquicia no se puede remediar con parches técnicos; necesita todo un nuevo orden; un orden nuevo que hay que implantar en España y que España ha de comunicar a Europa y al mundo.

"Queremos una España libre como Patria, que no soporte ni el aislamiento internacional ni mediatizaciones extranjeras ni trato colonial en lo económico. La política internacional de España deberá regirse por su interés y su conveniencia, nunca por imposición de una potencia extranjera hoy no se la tiene en cuenta, carece de política internacional..."

El supernacionalismo de los pueblos hispanos debe alentar a unos y a otros sin más recelos ignorantes o suspicacias de un lado, sin necias y abandonadas ilusiones de absorber o dominar al otro. Ninguna diferencia nos separa ni nunca nos debe separar de nuestros hermanos portugueses: Portugal y España serán siempre dos naciones hermanas y amigas. Respecto de los países de Hispanoamérica, tendemos a la unificación de cultura, de intereses económicos y de poder. América es para España no sólo la anchura del mundo mejor abierta a su influencia cultural —la posibilidad de que nuestro pueblo, con los de nuestra América, marchen unidos en gran ideal universal—, sino uno de los mejores títulos que puede alegar España para reclamar un puesto preeminente en Europa y en el mundo.

4 España tendrá una política internacional que le aconseje en unos casos la paz, quizá —por desgracia— en otros la guerra, y en otros ser neutral. Para eso España tiene que ser fuerte. Nuestras Fuerzas Armadas —en la tierra, en el mar y en el aire— habrán de ser tan capaces y numerosas como sea preciso para asegurar a España en todo instante la completa independencia y la jerarquía mundial que le corresponde.

Una nación no puede decidir ni siquiera acerca de su neutralidad si no puede hacer que la respeten. Sólo los fuertes pueden ser dignamente neutrales.

Devolveremos al Ejército de Tierra, Mar y Aire toda la dignidad pública que merece, y haremos a su imagen que un sentido militar de la vida informe toda la existencia española, en la acción de una sola táctica generosa y heroica. Así como el Ejército es nacional, integrador y superclasista, la España que el Ejército defienda ha de buscar desde el principio un destino integrador, totalitario y nacional, la devoción completa a dos principios esenciales: la Patria —como empresa ambiciosa y magnífica— y la justicia social sin reservas, como única base de convivencia cordial entre los españoles.

La primera gran angustia que se apodera de todo español que adviene a la responsabilidad pública, es la de advertir cómo España —el Estado y el pueblo españoles— vive desde hace casi tres siglos en perpetua fuga de sí misma, desleal para con los peculiarísimos valores a ella adscritos, infiel a la realización de ellos y, por tanto, en una autonegación sentida, de tal gravedad, que la sitúa en las lindes mismas de la descomposición histórica. Hemos perdido así el pulso universal. Nos hemos desconexionado de los destinos universales, sin capacidad ni denuedo para extirpar las miopías que hasta aquí han presidido todos los conatos de resurgimiento.

Nosotros no queremos vegetar en el orden antiguo. Bajo él España soportaba la humillación internacional, la desunión interna, la incuria, la suciedad, la vida infrahumana de millones de seres. Y nada de eso puede remediarse a paso conservador —es decir dentro del orden, del respeto a los derechos adquiridos y demás zarandajas—, sino metiendo el arado más profundo en la superficie nacional y sacando al aire todas las reservas, todas las energías, en un empuje colectivo que un entusiasmo formidable encienda y que una decisión de tipo militar ejecute y sirva.

5 España volverá a buscar su gloria y su riqueza por las rutas del mar. Por medio de sindicatos coordinados —de los que formen parte el pescador, los conserveros y los distribuidores—, el pescado se acercará al medio rural; para ello será también preciso el establecimiento de cooperativas de distribución —los pescadores tienen que vender a cualquier precio sus productos para que los revendan poderosos intermediarios—, estudiando la municipalización de la industria del frío, interesante para todos, pero muy particularmente para las industrias pesqueras.

España ha de aspirar a ser una gran potencia marítima, para el peligro y para el co-

mercio: la decadencia actual tiene como una de sus principales causas el haber vuelto el país las espaldas al mar. Todo esfuerzo por mantener tensos los hilos en comunicación con América deberían parecernos escasos.

Exigimos para la Patria igual jerarquía en las flotas y en los rumbos del aire.

ESTADO. INDIVIDUO. LIBERTAD

6 Un Estado es más que el conjunto de unas cuantas técnicas; es más que una buena gerencia: es el instrumento histórico de ejecución del destino de un pueblo. El Estado no justifica en cada momento su conducta —como no la justifica un individuo, ni la justifica una clase—, sino en tanto se amolda en cada instante a una norma permanente. El Estado no puede asentarse sino sobre un régimen de solidaridad nacional, de cooperación animosa y fraterna; el Estado se porta bien si cree en ese total destino histórico, si considera al pueblo —el conjunto de españoles que viven penosamente de su trabajo y son, como lo han sido siempre, víctimas de la política— como una integridad de aspiraciones, una integridad de destino, de esfuerzo, de sacrificio y de lucha, que ha de mirarse entera y que entera avanza en la Historia y entera ha de servirse.

El nuevo Estado será constructivo, creador. Suplantará a los individuos y a los grupos, y la soberanía última residirá en él, sólo en él. El único intérprete de cuanto hay de esencias universales en un pueblo es el Estado, y dentro de éste logran aquéllas plenitud. Corresponde al Estado, asimismo, la realización de todos los valores de índole política, cultural y económica que dentro de este pueblo hay. Defendemos, por tanto, un panestatismo, un Estado que consiga todas las eficacias. La forma del nuevo Estado ha de nacer de él y ser un producto suyo. Cuando de un modo serio y central intentamos una honda subversión de los contenidos políticos y sociales de nuestro pueblo, las cuestiones que aluden a meras formas no tienen rango suficiente para interesarnos. Al hablar de supremacía de Estado, se quiere decir que el Estado es el máximo valor político, y que el mayor crimen contra la civilidad será el de ponerse frente al nuevo Estado. Pues la civilidad —la convivencia civil— es algo que el Estado, y sólo él, hace posible. ¡¡Nada, pues, sobre el Estado!!

Nuestro Estado será un instrumento totalitario —no dócil a una clase ni a un partido, servidor de la conciencia de la unidad haciendo suyos los intereses de todos sin desglosar intereses de ningún sector determinado— al servicio de la integridad moral y material de España. Tendrá dos metas bien claras: una, hacia afuera, afirmar a la Patria; otra, hacia adentro, hacer más participantes en la vida humana a un mayor número de hombres y proclamar su deber de conseguir y mantener la unidad fundamental entre todos los españoles sobre los principios de mayor permanencia en nuestra historia y mayor arraigo en nuestro pueblo; y sobre esa unidad suave y vital se consagrará a lo que son fines directos y obligados de un Estado moderno: la ordenación económica y la justicia social. Todos los españoles participarán en él a través de su función familiar, municipal y sindical. Nadie participará a través de los partidos políticos; se abolirá implacablemente el sistema de los partidos políticos con todas sus consecuencias: sufragio inorgánico, representación por bandos en lucha, y Parlamento del tipo conocido. El Estado Liberal parlamentario no es ya el Estado nacional. Las instituciones demoburguesas viven al margen del interés de la Patria y del interés del pueblo. No representan ni interpretan ese interés. Si la democracia como forma ha fracasado, es, más que nada, porque no nos ha sabido proporcionar una vida verdaderamente democrática en su contenido. El pueblo debe aprender de una vez que el sistema parlamentario no le otorga soberanía, sino que secuestra su voluntad: un absolutismo parlamentario construido con la mecánica de las papeletas electorales domina toda la existencia social situada entre el votante y el Estado Todopoderoso. Los trabajadores han de preguntarse a qué se debe el que, a pesar de haber ganado las izquierdas, a pesar de los Gobiernos de centro y de derecha, el paro aumente, la carestía de vida se haga cada vez más agobiadora, y la pugna entre las clases sea cada día más áspera. ¿Qué significa esta coincidencia de los partidos políticos, sean de derechas, sean de izquierdas? Significa que el régimen de partidos es incapaz de organizar un sistema económico que ponga a la masa popular a cubierto de estas angustias; que tanto unos partidos como otros están al servicio del sistema capitalista.

Queremos y pedimos un Estado de radical novedad. Una nueva política. Una nueva economía. Una cultura de masas. Una nueva estructuración social. La entrada definitiva en los tiempos actuales. Queremos un Estado republicano de exaltación hispánica y de estructura económica sindicalista.

- El Estado hispánico ha de quedar listo para las grandes bregas nacionales y ser podado de toda la impedimenta que fracasa:
- La desaparición del mito liberal y contra las influencias extranjeras en nuestro país.
- Un Estado hispánico, robusto y poderoso, que unifique y haga posibles los esfuerzos eminentes.

Un destino colectivo, grande o pequeño, y un futuro con algo que hacer en común unos con otros. Una gigantesca ambición nacional que recoja las ansias históricas de nuestro pueblo.

No quiere eso significar que las Cortes —o reunión de representantes electivos que de algún modo sean copartícipes del poder— se declaren desterrados de la España política futura, ni que se prive a la comunidad amorfa de los individuos de la función electoral; Cortes y Asambleas —representativas de profesiones, municipios y regiones, reflejo del estado de voluntad general y encarnación del conjunto de los intereses que no representen ideologías en pugna— es preciso que haya; no caigamos en las exageraciones extremas que traducen su odio por la superstición sufragista en desprecio hacia todo lo democrático. Tan impura es la aberración mítica de la soberanía parlamentaria como la confianza mesiánica en un dictador. Y tan propenso al abuso es el Poder sin fiscalización de un hombre o un grupo, como la omnipotencia de los partidos organizados con arreglo a la farsa parlamentaria.

7 El espíritu burgués, en honor y honra de la dimensión individual del hombre, condujo a éste a contradicciones y resultados como los que hoy presenciamos. A la postre, en medio de las instituciones y de la civilización liberal-burguesa, el hombre resultó maltratado, explotado y empequeñecido. La libertad política cristalizó necesariamente en la democracia parlamentaria, y tal sistema trasladó el Poder con rapidez suma a las oligarquías partidistas, a los magnates, dueños de los resortes electorales, de la gran prensa y de la propaganda cara. La libertad económica lo dejó reducido, en la gran mayoría de los casos, a un objeto de comercio, cuando no a la atroz categoría de parado, de residuo social...

Por último, el hombre se vio privado de los valores permanentes y firmes. Todos aquellos que tienen su origen y alcanzan su sentido en esferas humanas extraindividuales. Los valores de comunidad, de milicia, de disciplina justa y el valor de la Patria, la dimensión nacional del hombre, la que arranca y comienza antes que él y termina y concluye después que él.

La ciencia política tendrá que buscar, mediante construcciones de contenido, el resultado democrático que una forma no ha sabido depararle. Ya sabemos que no hay que ir por el camino equivocado; busquemos, pues, otro camino. Afirmamos la libertad primera de España de abolir el imperio de la doctrina liberal-constitucional, y organizar por tanto los poderes públicos y las libertades del individuo, la familia, el municipio y las asociaciones privadas como convenga al pueblo español, según su

experiencia histórica, su cultura propia y sus necesidades y circunstancias. Las libertades individuales y sociales en relación con el poder público —es decir, la llamada relación entre autoridad y libertad—, no conoce un código eterno dictado por los hombres que valga para todos los tiempos y lugares. En Derecho político pueden considerarse diversas regiones sin órgano legislativo de tipo parlamentario: para los que sólo tengan por ley lo acordado en un Parlamento, ni los Soviets ni una República sindicalista podrían legislar.

La construcción de un orden nuevo la tenemos que empezar por el hombre, por el individuo, como portador de valores eternos. No se puede negar, sin caer en la negación del hombre como ser libre y responsable, que éste posee una zona de facultades propias que el Poder público no está llamado a invadir, un conjunto de prerrogativas civiles que son anejas a su dignidad natural: el individuo como la familia, tienen derechos naturales. El máximo respeto se tributa a la dignidad humana, a la integridad del hombre —la integridad física del individuo es siempre sagrada—, y a su libertad. La dignidad humana, la integridad del hombre y su libertad son valores eternos e intangibles. Pero sólo es de veras libre quien forma parte de una nación fuerte y libre; sólo se alcanza dignidad humana cuando se sirve. El hombre nace obligado a servir con sus obras a la comunidad histórica que lo produce en lo social y en lo político, adornado por los deberes primarios de ser útil a sus semejantes, sometido al rumbo solidario de la unidad nacional de que forma parte; de esos deberes derivan sus derechos a una libertad útil y legítima. El hombre tiene que ser libre, pero no existe la libertad sino dentro de un orden económico, garantía de esa libertad; pero dado el caos económico actual, no puede haber economía organizada sin un Estado fuerte; he aquí cómo el Estado fuerte, servidor de la conciencia de la unidad, es la verdadera garantía de la libertad del individuo.

El hombre no puede ser libre, si no vive como un hombre, y no puede vivir como un hombre si no se le ordena la economía sobre otras bases que aumenten la posibilidad de disfrute de millones de hombres, y no puede ordenarse la economía sin un Estado fuerte y organizador, y no puede haber un Estado fuerte y organizador sino al servicio de una gran unidad de destino que es la Patria... Cuando se logre esto (y se puede lograr, y esa es la clave de la existencia de Europa, que así fue Europa cuando fue y así tendrá que volver a ser Europa) sabremos que en cada uno de nuestros actos, en el más familiar de nuestros actos, en la más humilde de nuestras tareas diarias, estamos sirviendo, al par que nuestro modesto destino individual, al destino de España, de Europa, y del mundo, el destino total y armonioso de la Creación.

> "No se puede negar, sin caer en la negación del hombre como ser libre y responsable, que éste posee una zona de facultades propias que el Poder público no está llamado a invadir, un conjunto de prerrogativas civiles que son anejas a su dignidad natural: el individuo como la familia, tienen derechos naturales..."

Queremos una España libre como Patria y libre para cada uno de los hombres; porque no se es libre por tener la libertad de morirse de hambre formando colas a las puertas de una fábrica o formando cola a la puerta de un colegio electoral, sino que se es libre cuando se recobra la unidad entera: el individuo, como portador activo o pasivo de las relaciones sociales que el Derecho regula; la familia, como célula social; el Municipio, como unidad de vida, restaurado en su riqueza comunal y en su tradición; los Sindicatos, como unidad de la existencia profesional y depositarios de la autoridad económica que se necesita para cada una de las ramas de producción. Cuando la vida humana se haga otra vez apretada y segura, cuando nuestras familias, y nuestros Municipios, y nuestros Sindicatos, y nosotros seamos, no unidades estadísticas, sino enteras unidades humanas, entonces sí podremos decir que somos hombres libres.

Pero esta libertad profunda no autoriza a tirotear los fundamentos de la convivencia pública; las libertades de actuación política deben atemperarse al momento histórico nacional. A nadie le será lícito usar su libertad contra la unión, la fortaleza y la libertad de la Patria —la Patria es, cabalmente, lo que une y diferencia en lo universal al destino de todo pueblo—. El pueblo es el beneficiario del Derecho, y el bien del pueblo es el punto de referencia constante para calificar de justos o de injustos cualesquiera normas o actos de poder. La revolución hemos de hacerla todos juntos, y así nos traerá la libertad de todos, no la de la clase o la del partido triunfante. No puede haber vida nacional en una Patria escindida en dos mitades irreconciliables (para quienes la tiranía no es por sí misma odiosa, sino sólo cuando es ejercida por los adversarios): la de los vencidos, rencorosos en su derrota, y la de los vencedores, probablemente embriagados con su triunfo; pero ya no habría nada —¡sabe Dios hasta cuándo!— de alegría nacional colectiva, de marcha resuelta hacia una meta unánime y fecunda.

Las libertades necesarias para la prosperidad de las familias, la vida y la honra de los ciudadanos, deben ser no sólo defendidas sino positivamente fomentadas por el poder público: no prevalecerán los intentos de negar derechos individuales, ganados con siglos de sacrificios. Hace falta:

- una extirpación implacable de los malos usos inveterados: la recomendación, la influencia, la inclinación a "esquivar el deber" nos falta casi por entero el "sentido social"; ese goce de sentirse parte de un todo armónico, de comportarse como pieza puntual para que el conjunto de la máquina funcione bien;
- un estatuto jurídico, protector para todo ciudadano contra toda sorpresa y todo abuso de poder, complementario —como es de rigor— por una organización judicial eficaz e independiente;
- igualdad ante la ley —conquista de la cual ya no se podrá volver atrás nunca—; no hay más desigualdad ante el Estado que la adquirida por propios méritos en servicio al pueblo;
- justicia rápida y segura, que si alguna vez se doblega no sea por cobardía ante los poderosos sino por benignidad hacia los equivocados.

8 El bienestar de cada uno de los que integran el pueblo no es interés individual, sino interés colectivo, que la comunidad ha de asumir como suyo. Ningún interés particular justo es ajeno al interés de la comunidad.

El Estado nacionalsindicalista permitirá toda iniciativa privada compatible con el interés colectivo, y aun protegerá y estimulará las beneficiosas, pero termina la ilimitada libertad burguesa de ganar y especular. Somos postliberales. Sabemos también, e igualmente lo decimos al pueblo, que el liberalismo burgués ha caducado en la historia. Nadie cree ya en sus eficacias, y sólo los gobernantes hipócritas lo esgrimen como arma captadora del pueblo. No hay fines del individuo, sino fines del Estado. Todo el mundo está obligado a dar su vida por la grandeza nacional.

El acontecimiento social y político más grandioso de nuestra época es esa nueva capacidad humana de "no" liberarse, de empren-

der con alegría la ejecución de magnas empresas colectivas, de renunciar al afán burgués por asegurarse su propio destino individual, pequeñito y solo...; vuelven, pues, las disciplinas nacionales requiriendo a los hombres para aceptar los destinos supremos, los que trascienden de su control y satisfacción individual. He aquí la era antiburguesa ante nosotros, seccionando los apetitos ramplones. Hay que decir con alegría y esperanza, como paso a las victorias que se avecinan: el individuo ha muerto.

ECONOMÍA. TRABAJO. LUCHA DE CLASES

9 La nación española necesita una reorganización total de su economía, necesita un sentido social absolutamente nuevo, y necesita el sentirse unida en una misión colectiva que cumplir. España necesita su revolución que la devuelva el sentido de un quehacer en el mundo y que la instale sobre una base social tolerable. La base social española está saturada y entrecruzada de injusticias. El régimen social imperante nos parece esencialmente injusto; en la desesperación de las masas socialistas, sindicalistas y anarquistas hay una profunda razón en que participamos del todo. El nacional-sindicalismo pretende configurarse en su pensamiento como una de las formas continuadoras y progresivas del socialismo en radical oposición a la seguida por el socialismo comunista: La Falange no es más que la canalización del socialismo.

Nosotros propugnamos la inserción de una estructura sindical en el Estado hispánico que salve las jerarquías eminentes y garantice la prosperidad económica del pueblo. El Estado hispánico, una vez dueño absoluto de los mandos y del control de todo el esfuerzo económico del país, vendrá obligado a hacer posible el bienestar del pueblo, inyectándole optimismo hispánico, satisfacción colectiva, y, a la vez, palpitación de justicia social, prosperidad económica. Estado eficaz y robusto con una estructura económica sindical y nacionalizada. Dentro de este Estado queremos:

1ª Que contribuya el pueblo a descomponer las instituciones políticas y económicas que constituyen el basamento del régimen liberal-burgués, y ello, claro, sin facilitar la más mínima victoria a las fuerzas propiamente feudales.

2ª Que al arrebatar a la burguesía el papel de monopolizadora de todo el timón dirigente, edifique un nuevo Estado nacional en el que los trabajadores, la clase obrera, colabore en la misión histórica de la Patria, en el destino asignado a todo el pueblo.

3ª Que tienda a subvertir el actual estancamiento de las clases, postulando un régimen social que base el equilibrio económico no en el sistema de los provechos privados, sino en el interés colectivo, común y general, de todo el pueblo.

Hay que organizar la economía al servicio de todos los españoles; tiene que llegar el momento en que las necesidades de un pueblo o de un gremio no tengan que estar supeditadas a éste o al otro sector político que esté en el poder. Y así, el Estado español pueda ceñirse al cumplimiento de las funciones esenciales del poder descargando no ya el arbitraje, sino la regulación completa —producción con sujeción a un plan— en muchos aspectos económicos, a los sindicatos —no ya arquitecturas parasitarias, según el actual planteamiento de la relación de trabajo, sino integridades verticales de cuantos cooperan a realizar cada rama de producción—. No solamente reconocemos los sindicatos, sino que de ellos haremos una de las bases de nuestro sistema. La tradición hispánica está llena de fecundos ejemplos, a base de Comunidades, Corporaciones, Concejos, en los que la entidad superindividual adquirió un magnífico desarrollo. Se impone una política que destaque como entidades más simples a los organismos sindicales. Estos disponen del control de unos fines que escapan a las posibilidades del individuo. Fines que es imposible dejar sin realización si se quieren conseguir las máximas eficacias de nuestra época. Concebimos a España, en lo económico, como un gigantesco sindicato de productores. Organizaremos corporativamente a la sociedad española mediante un sistema de sindicatos verticales por ramas de producción, al servicio de la integridad económica nacional. No hay economías privadas, sino economías colectivas. Las corporaciones, los sindicatos, son las entidades inferiores y más simples que pueden intentar influir en la economía del Estado. Los sindicatos —no órganos de representación, sino de actuación, de participación, de ejercicio sin la mediación de la política— intervendrán en la plusvalía de las empresas. Las Corporaciones, los Sindicatos, son fuentes de autoridad y crean autoridad, aunque no la ejerzan por sí, tarea que corresponde a los Poderes ejecutivos robustos. Pues sobre los Sindicatos o entidades colectivas, tanto correspondientes a las industrias como a las explotaciones agrarias, se encuentra la articulación suprema de la economía en relación directa con todos los demás altos intereses del pueblo. Se llegará a no enajenar el trabajo como una mercancía: la plusvalía de la producción debe atribuirse no al capital, sino al sindicato nacional productor, no simple representante de quienes tienen que arrendar su trabajo como una mercancía, sino beneficiario del producto conseguido por el esfuerzo de quienes lo integran.

La Falange, contra el criterio capitalista que asigna la plusvalía al capital, propugna el criterio sindicalista: la plusvalía para la comunidad orgánica de productores. En el orden sindical nosotros aspiramos que la plusvalía, como dijo Marx sea para los productores, para los directores y para los obreros. Falange tiende al sindicalismo total, esto es, a que la plusvalía de la producción quede enteramente en poder del sindicato orgánico.

10 Repudiamos el sistema capitalista, que se desentiende de las necesidades populares, deshumaniza la propiedad privada, reduce a la misma situación de angustia —a la misma situación infrahumana del hombre desprendido de todos sus atributos, de todo el contenido de su existencia— a los patrones y a los obreros, a los trabajadores y a los empresarios, hace que cada hombre sea un rival por el trozo de pan, y aglomera a los trabajadores en masas informes, propicias a la miseria y a la desesperación.

El liberalismo es la burla de los infortunados: declara maravillosos derechos, la libertad de pensamiento, la libertad de propaganda, la libertad de trabajo... Pero esos derechos son meros lujos para los favorecidos por la fortuna. A los pobres, en el régimen liberal, no se les hará trabajar a palos, pero se los sitia por hambre. El obrero aislado, titular de todos los derechos en el papel, tienen que optar entre morirse de hambre o aceptar las condiciones que le ofrezca el capitalista, por duras que sean. Bajo el régimen liberal se asistió al cruel sarcasmo de hombres y mujeres que trabajaban hasta la extenuación durante doce horas al día, por un jornal misérrimo y a quienes, sin embargo, declaraba la ley hombres y mujeres libres.

La propiedad capitalista es fría, implacable: en el mejor de los casos no cobra la renta; pero se desentiende del destino de los sometidos. Y en cuanto al esclavo, éstos eran un elemento patrimonial en la fortuna del señor; el señor tenía que cuidar de que el esclavo no se le muriese porque ese esclavo le costaba el dinero, como una máquina, como un caballo, mientras que ahora se muere un obrero y saben los grandes señores de la industria capitalista que tienen cientos de miles de famélicos esperando a la puerta para sustituirle. La gran industria de enorme producción en serie devora a la pequeña industria y a la artesanía, incapaces de producir tan barato, aunque produzcan con más primor; los grandes almacenes de precio único o de precios tipos hunden al pequeño comercio; los agricultores pequeños tienen que vender a cualquier precio sus productos para que los revendan poderosos interme-

diarios; los ganaderos y pescadores, lo mismo; y la Banca los atosiga a todos con créditos caros, el descuento caro, los plazos cortos y el interés compuesto.

Esta ley de aglomeración de capital la predijo Marx y aunque algunos afirmen que no se ha cumplido, estamos viendo que sí... Los artesanos desplazados de sus oficios, los artesanos que eran dueños de sus instrumentos de producción y que, naturalmente, tienen que vender porque ya no les sirven para nada; los pequeños productores, los pequeños comerciantes, van siendo aniquilados económicamente por este avance inmenso, incontenible, del gran capital y acaban incorporándose al proletariado, se proletarizan. Marx lo describe con un extraordinario acento dramático cuando dice que estos hombres, después de haber vendido sus productos, después de haber vendido sus casas, ya no tienen nada que vender, y entonces se dan cuenta de que ellos mismos pueden ser una mercancía, y se lanzan al mercado a alquilarse por una temporal esclavitud. Pues bien: este fenómeno de la proletarización de masas enormes y de su aglomeración en las urbes alrededor de las fábricas es otro de los síntomas de quiebra social del capitalismo.

Nuestro sentido espiritual y nacional repudia también el marxismo. Por eso queremos evitar —porque creemos en su aserto— el cumplimiento de las profecías de Carlos Marx. Pero lo queremos resueltamente. Si se tiene seria voluntad de impedir que lleguen los resultados previstos en el vaticinio marxista, no hay más remedio que desmontar el armatoste cuyo funcionamiento lleva implacablemente a esas consecuencias: desmontar el armatoste capitalista.

Nosotros aceptamos el problema económico que planteó el marxismo. Frente a la economía liberal y arbitraria, el marxismo tiene razón. Pero el marxismo pierde todos sus derechos cuando despoja al hombre de los valores eminentes. Un pueblo es algo más que un conglomerado de preocupaciones de tipo económico, y si de un modo absoluto se hace depender de los sistemas económicos vigentes los destinos todos de ese pueblo, se recae en mediocre usurpación. Tiene lugar hoy en la historia hechos radicales que tienden precisamente a la defensa y exaltación de esos valores supremos que el comunismo aparta de su ruta. Si no creyéramos con firmeza que triunfará hoy en Occidente —y particularmente en España—, el espíritu nacional y social que propugnamos, nosotros desertaríamos.

Una de las pretendidas soluciones es la socialdemocracia. La socialdemocracia conserva esencialmente el capitalismo, pero se dedica a echarle arena en los cojinetes; el que con la economía capitalista, tal como está montada, nos dediquemos a disminuir las horas de trabajo, a aumentar los salarios, a recargar los seguros sociales, vale tanto como querer conservar una máquina y distraerse echándole arena en los cojinetes. Esto es un puro desatino. España sólo se salvará rechazando la blandura burguesa de los social-demócratas y encaminando su acción a triunfos de tipo heroico extremista y decisivo. La social-democracia es el último cartucho de la burguesía alfeñique y temblorosa, incapaz y reaccionaria.

> "Se engaña quien entienda que tenemos simpatías por una situación absolutista cualquiera —por ejemplo, la derivada de un predominio militar—; como no somos partidarios de la tiranía hipócrita del Parlamento, tampoco clamamos por un régimen unilateral de fuerza en el que el hecho del mando guíe la definición de los derechos de individuos y grupos sociales en el Estado..."

Las organizaciones anarquistas, que combaten a los socialistas alardeando de una mayor pureza obrerista, de una actividad profesional más sincera, se hallan invadidas —lo mismo que las organizaciones marxistas— de agitadores irresponsables. La masa trabajadora no puede creer en una revolución puramente minoritaria, emprendida contra la presión irresistible de la corriente pública, y en la que se oponen pistolas a la acción aplastante del poder estatal, que infaliblemente sale vencedor. Hay más de temeridad en estas intentonas que de confianza en el triunfo; se promueven a sabiendas de que se va al sacrificio, y nuestra hostilidad a las estériles revueltas anarquistas no nos impide reconocer el admirable arrojo de muchos de los revolucionarios. Por eso mismo nos amarga más ver empleada esa energía excepcional en causas tan turbias: en los comités del anarco-sindicalismo vegetan y dominan los irresponsables sin moral, los inclinados por tendencia cuasifisiológica a la destrucción y al crimen. Eso ni es sindicalismo ni es fe revolucionaria.

Otra pretendida solución son los Estados totalitarios. Hay naciones que han encontrado dictadores geniales que han servido para sustituir al Estado, pero esto es inimitable. Su violento esfuerzo puede sostenerse por la tensión genial de unos cuantos hombres, pero en el alma de esos hombres late de seguro una vocación de interinidad; la gente nos echa encima todos los atributos del fascismo, sin ver que nosotros sólo hemos asumido de él ese sentido de creer que el Estado tiene algo que hacer, algo que creer, y eso puede muy bien desligarse de todos los alifafes y de todas las galanuras del fascismo. Se engaña quien entienda que tenemos simpatías por una situación absolutista cualquiera —por ejemplo, la derivada de un predominio militar—; como no somos partidarios de la tiranía hipócrita del Parlamento, tampoco clamamos por un régimen unilateral de fuerza en el que el hecho del mando guíe la definición de los derechos de individuos y grupos sociales en el Estado.

¿Y el Estado corporativo? La organización corporativa no es otra cosa que esto: para procurar la armonía entre patronos y obreros, los obreros forman una gran federación, los patronos forman otra gran federación, y encima monta le Estado como una especie de pieza de enlace. Esto del Estado corporativo es otro buñuelo de viento; el corporativismo es una solución tímida y nada revolucionaria.

De la escuela populista, ¿qué queréis esperar? A todos los partidos populistas les pasa lo que a la leche esterilizada, que a fuerza de no tener microbios, no tiene vitaminas: no representan el peligro que la experiencia fascista lleva en sí, pero no tiene tampoco la fuerza espiritual nuestra ni la de los socialistas. ¡Cuántas veces habéis oído decir a los hombres de derechas: "hace falta ir a un Estado fuerte", "hay que armonizar el capital con el trabajo"! Nada de esto quiere decir nada: son puros buñuelos de viento. Por ejemplo: ¿qué es eso de un Estado fuerte? Un Estado puede ser fuerte cuando sirve un gran destino de un pueblo; si no, el Estado es tiránico. Otra de las frases: "hay que armonizar el capital con el trabajo" —que es como si yo dijera: "me voy a armonizar con esta silla"—. ¿Qué es esto de armonizar el capital y el trabajo? El trabajo es una función humana; el capital no es sino un instrumento al servicio de la producción: no concebimos la estructura de la producción como relación bilateral entre capital y trabajo. Cuando se habla de armonizar el capital con el trabajo, lo que se intenta es seguir nutriendo una minoría de privilegiados con el esfuerzo de todos, con el esfuerzo de obreros y patronos.

Los partidos de derecha manejan un vocabulario patriótico, pero les falta la decisión auténtica de remediar las injusticias sociales: un gran aparato patriótico y religioso —demasiado enfático para ser de la mejor calidad— envuel-

ve una falta espeluznante de interés por las miserias de los desheredados. No hay partido de derechas que acepte el acometer el descuaje del sistema capitalista y su sustitución por otro más justo: parecen limitar su ambición a que haya "autoridad", es decir, no a que se remedien los profundos motivos de desesperación popular, sino a que esa desesperación no se manifieste con demasiado ruido.

Hay que estar contra los que quieran arrancarnos del alma la emoción española y contra los que amparan, bajo la bandera del patriotismo, la averiada mercancía de un orden burgués agonizante... Y mucho cuidado con invocar el nombre de España para defender unos cuantos negocios, como los intereses de los bancos o los dividendos de las grandes empresas.

Los partidos de izquierda ven al hombre, pero lo ven desarraigado: lo constante de las izquierdas es interesarse por la suerte del individuo contra toda arquitectura política, como si fueran términos contrapuestos. El izquierdismo es, por eso, disolvente; es, por eso, corrosivo; es irónico, y, estando dotado de una brillante colección de capacidades, es, sin embargo, muy apto para la destrucción y casi nunca apto para construir. Las izquierdas burguesas, bien avenidas con el capitalismo internacional, harán la política que les ordenen sus amos, no la que les interese a los obreros españoles. El manifiesto de las izquierdas —y esto convendrían que los obreros lo supiesen— se mantiene en los términos del más cicatero conservatismo: Nada que se acerque a la nacionalización de la tierra, nada que se acerque a la nacionalización de la banca, nada que se acerque al control obrero, nada que sea avance en lo social.

Y en cuanto a las otras izquierdas —el socialismo—, la única solución es que se conviertan en una fuerza nacional que se sienta solidaria de los destinos nacionales. Porque si el partido socialista suscita enemigos es porque se empeña en arriscarse en una interpretación antinacional, absolutamente fría ante la vida española. El día en que el partido socialista asumiera un destino nacional, ese día no tendríamos que salir de nuestras casas a levantar el brazo ni a exponernos, lo que es peor, a que nos entiendan mal, la mayoría de nosotros nos reintegraríamos pacíficamente a nuestras vocaciones.

La única manera de resolver la cuestión es alterando de arriba abajo la organización de la economía, imponiendo desde el Estado una justicia cierta, en la que ningún trabajador se sienta prácticamente expulsado de la vida civil, entregado al azar de la ley despiadada de la oferta y la demanda. Al obrero hoy se le mima y se le halaga en lo secundario y en lo político —porque dispone de fuerza política—, pero se le niega lo medular y lo fundamental: el resurgimiento de la auténtica España de debajo, estructurada en sus unidades reales —familia, municipio y sindicato—. Así, el nuevo Estado habrá de reconocer la integridad de la familia —unidad social—, y sindicatos fuertes —defensores directos de sus intereses sin la mediación de los políticos—, como bases auténticas de la organización total del Estado. Orientaremos el ímpetu de las clases laboriosas en el sentido de exigir su participación directa en la gran tarea del Estado nacional: el Estado sindicalista, la única forma de Estado en que los sindicatos obreros intervienen directamente en la legislación y en la economía, sin confiar sus intereses a los partidos políticos parasitarios. Lo que no se puede hacer es tener a la clase proletaria fuera del poder —nuestra generación quiere que los productores organizados sean el Estado mismo—. O los trabajadores —enérgicamente, implacablemente— terminan con el gran capitalismo financiero para imponer el régimen de solidaridad nacional, o el internacionalismo nos convertirá en cipayos de cualquier poder extranjero.

Es necesario que lleguen a nosotros jornadas difíciles para utilizar frente a ellas las reservas corajudas de que dispone el pueblo hispánico en los grandes trances. Las fuerzas sindicalistas revolucionarias se disponen a encarnar ese coraje hispánico de que hablamos y a actuar en Convención frente a los lirismos parlamentarios de los leguleyos. Hay, pues, que ayudarlas. En esta batida fecunda contra los pacatos elementos demoliberales de la burguesía les corresponde el puesto de honor y responsabilidad de dirigir el blanco de las batallas. Todos los grupos auténticamente revolucionarios del país deben abrir paso a la acción sindicalista, que es en estos momentos la que posee el máximo de autoridad, de fuerza y de prestigio. A ella le corresponden, pues, los trabajos que se encaminen a la dirección de un movimiento de honda envergadura social.

11 Los sindicatos son los instrumentos de ataque y de defensa del proletariado en tanto no concluya la lucha de clases: no es tolerable que nadie viva en paz mientras para millones de semejantes nuestros el pan y el mísero albergue es poco menos que un azar puesto en peligro casi cada jornada. Mas la lucha de clases, la pugna enconada de partidos, son incompatibles con el Estado: Reprobamos e impediremos a toda costa los abusos de un interés parcial sobre otro y la anarquía en el régimen del trabajo. Nosotros sentamos el principio de solidaridad, de hermandad, entre todos los españoles: antes que nada, de una vez, hay que proporcionar a todos cuantos conviven en un pueblo un mínimo humano y digno de existencia. Hoy el Estado exige del individuo la vida en la guerra o en la paz, pero lo deja abandonado en la lucha por la existencia. ¡Y qué lucha! Un niño pobre o un ser débil, ¿qué puede ser?, ¿se le puede hablar de libertad o de derechos individuales?: será siempre un esclavo. He aquí cómo el Estado liberal —mero declamador de fórmulas— no sirve para nada cuando más se le necesita. Las leyes le permiten todo, pero la organización económica, social, no se cuida de que tales permisos puedan concretarse en realidades. ¡Ay de los millones y millones de seres mal dotados! Para ellos —sujetos de los derechos más sonoros y más irrealizables— serán el hambre y la miseria.

Se hace necesaria la desaparición de las clases como núcleos que disfrutan unos privilegios determinados, y su sustitución por organismos que garanticen una justicia de la producción. O se abre paso a la nueva política de tendencia colectivista y férreamente disciplinada, o al predominio de una clase sucederá el predominio de la otra, con las mismas incertidumbres, las mismas deslealtades al espíritu y, por último, las mismas ineficacias.

Urge, pues, plantar las bases ofensivas de la nueva política que interprete el afán popular y encadene de modo unitario las aspiraciones culturales y económicas de nuestro tiempo.

El Estado nacionalsindicalista no se inhibirá cruelmente de las luchas económicas entre los hombres, ni asistirá impasible a la dominación de la clase más débil por la fuerte: aspiramos a una ordenación total del trabajo en sindicatos verticales para cambiar por entero el régimen económico capitalista. Los obreros, los empresarios, los técnicos, los organizadores, forman la trama total de la producción, y hay un sistema capitalista que, con el crédito caro; que, con los privilegios abusivos de accionistas y obligacionistas, se lleva sin trabajar la mejor parte de la producción, y hunde y empobrece a los patronos, a los empresarios, a los organizadores y a los obreros. Nuestro régimen hará radicalmente imposible la lucha de clases, por cuanto todos los que cooperan a la producción constituyen en él una totalidad orgánica. Esta solución acabará de una vez con los intermediarios políticos y los parásitos; aliviará a la producción de las cargas con que la abruma el capital financiero; superará su anarquía, ordenándola; impedirá la especulación con los productos, asegurando un precio remunerador; y, sobre todo, asignará la plusvalía, no al capitalista, no al Estado, sino al productor encuadrado en sus sindicatos. Ya veréis cómo rehacemos la dignidad del hombre para sobre ella rehacer la dignidad de todas las instituciones que, juntas, componen la Patria.

12 El Estado nacionalsindicalista se propone resolver el problema social a base de intervenciones reguladoras, de Estado, en las economías privadas. Su radicalismo en este aspecto depende de la meta que señalen la eficacia económica y las necesidades del pueblo.

Es más, esa influencia estatal en la sistematización o planificación económica sólo se logra en un estado de hondísimas raigambres nacionales.

Sólo polarizando la producción en torno a grandes entidades protegidas, esto es, sólo en un Estado sindicalista, que afirme con fines suyos las rutas económicas de las corporaciones, puede conseguirse una política económica fecunda. La riqueza tiene como primer destino —y así lo afirmará nuestro Estado— mejorar las condiciones de vida de cuantos integran el pueblo. El nivel de vida de todas las clases productoras españolas es desconsoladoramente bajo. El nuevo Estado velará sin titubeos por todos sus intereses, porque habremos limitado las acumulaciones de riqueza inútiles y perjudiciales para la nación, que sólo sirven para satisfacer deseos del poder particular; porque habremos suprimido una serie de organismos financieros, y porque el esfuerzo de todo un pueblo se dirigirá no a defender los beneficios de unos pocos, sino a mejorar la vida de todos. Ya es hora de que un pueblo lleno de posibilidades deje de ser la finca de unos cuantos. La nacionalización de la tierra, la de la Banca y el control obrero de las industrias, han de constituir las bases del futuro orden económico-social. Y esta organización económica hará imposible el espectáculo irritante del paro, de las casas infectas y de la miseria. No es tolerable que masas enormes vivan miserablemente mientras unos cuantos disfrutan de todos los lujos.

13 La propiedad privada es la proyección directa del hombre sobre sus cosas: es un atributo elemental humano. El individuo en tanto es propietario en cuanto puede tener cosas, usarlas, gozarlas, cambiarlas; pero a medida que el capitalismo se perfecciona y se complica, ha ido sustituyendo esta propiedad del hombre por la propiedad del capital —del instrumento técnico de dominación económica—; empiezan a introducirse signos que cada vez van sustituyendo a la presencia viva del hombre, y cuando llega el capitalismo a sus últimos perfeccionamientos, el verdadero titular de la propiedad ya no es un hombre, ya no es un conjunto de hombres, sino que es una abstracción representada por trozos de papel: la propiedad capitalista, fría e implacable. Así es que el capitalismo no sólo no es la propiedad privada, sino todo lo contrario: es el destructor de la propiedad humana viva, directa.

El Estado reconocerá la propiedad privada como medio lícito para el cumplimiento de los fines individuales, familiares y sociales, y la protegerá contra los abusos del gran capital financiero, de los especuladores y de los prestamistas. Pero es preciso reformar las estructuras de la propiedad sin vacilaciones ni regateos, si es que los poseedores no quieren perder lo que poseen bajo las violencias de la revolución. Desmontaremos el aparato económico de la propiedad capitalista para sustituirlo por la propiedad individual, por la propiedad familiar, por la propiedad comunal y por la propiedad sindical.

14 Pero la propiedad no es el capital: el capital es un instrumento económico, y como instrumento debe ponerse al servicio de la totalidad económica —no del bienestar personal de nadie—, para que sus beneficios queden en favor de los productores. Los embalses de capital han de ser como los embalses de agua: no se hicieron para que unos cuantos organicen regatas en su superficie, sino para regularizar el curso de los ríos y mover las turbinas en los saltos de agua.

El capital, en cuanto instrumento para el logro nacional de la producción, debe pertenecer a los productores mismos —en sus formas individuales y sindicales— o a la integridad económica nacional.

Tal como está montada la complejidad de la máquina económica, es necesario el crédito —primero, que alguien suministre los signos de crédito admitidos para las transacciones; segundo, que cubra los espacios de tiempo que corren desde que empieza el proceso de la producción hasta que termina—. Pero cabe una transformación en el sentido de que este manejo de los signos económicos de crédito, en vez de ser negocio particular de unos cuantos privilegiados, se convierta en misión de la comunidad económica entera, ejercida por su instrumento idóneo, que es el Estado. De modo que al capitalismo financiero se le puede desmontar sustituyéndolo por la nacionalización del servicio de crédito, para que los productores mismos, en virtud de la organización nacionalsindicalista, puedan suministrarse gratuitamente los signos de crédito —los bancos son meros depositarios del dinero de los demás, no producen—. Defendemos la tendencia a la nacionalización del servicio de banca, y, mediante las corporaciones, a la de los grandes servicios públicos.

El trabajo es el mejor título de dignidad civil; nada puede merecer más la atención del Estado que la dignidad y el bienestar de los trabajadores. Todos los españoles tienen derecho al trabajo. El Estado considerará como primera obligación suya proporcionar a todo hombre trabajo que le asegure no sólo el sustento, sino una vida digna y humana..."

15 El trabajo es el mejor título de dignidad civil; nada puede merecer más la atención del Estado que la dignidad y el bienestar de los trabajadores.

Todos los españoles tienen derecho al trabajo. El Estado considerará como primera obligación suya proporcionar a todo hombre trabajo que le asegure no sólo el sustento, sino una vida digna y humana.

La causa fundamental del paro es el principio liberal individualista que informa el actual sistema económico. Este, en lugar de atender a satisfacer las necesidades nacionales, organiza la producción en forma de obtener la máxima ganancia posible en beneficio de los grupos dueños de los medios de producción. Esta tendencia les lleva a la aplicación de la técnica sin consideración para el hombre —la máquina y la técnica han ido más deprisa que la sociedad; y ésta, en sus luchas de posiciones y de egoísmos, dentro de un Estado liberal no puede ni podrá resolver este nudo gordiano—, y en vez de servir para humanizar el trabajo desplaza a aquél de los talleres, fábricas, campo. Son factores también que influyen en la extensión del paro: las luchas partidistas —que posponen los problemas vivos de la economía a los juegos políticos—, la falta de crédito, y la política de comercio que no se orienta, apoyada en las principales fuentes de riqueza, a buscar mercado a los productos. Queremos y pedimos guerra intensa y organizada —según planes amplios y a larga distancia— contra el paro forzoso, cáncer que corroe los países liberal-burgueses. Trabajo para todos, tenemos que trabajar mucho para que nuestro standard de vida sea análogo al de los pueblos europeos ricos.

Mientras se llega a la nueva estructura total, mantendremos o intensificaremos todas las ventajas proporcionadas al obrero por las vigentes leyes sociales. Las entidades públicas sostendrán necesariamente a quienes se hallen en paro forzoso. Pero a la larga el problema del paro exige la desarticulación del sistema capitalista, dentro del cual no hay solución para los problemas sociales, porque es él quien los crea o los agudiza. Luchamos por una economía sindicalista que adjudique la plusvalía a la comunidad orgánica de los productores constituida en Sindicatos verticales.

16 Todos los españoles no impedidos tienen el deber del trabajo. La revolución nos hará hermanos al repartir entre todos la prosperidad y las adversidades, porque no estaremos unidos en la misma hermandad mientras unos cuantos tengan el privilegio de poder desentenderse de los padecimientos de los otros —si todos los españoles supieran lo que es quedarse sin comer un día, quizá pudiera lograrse que comiesen todos a diario—. Nuestra modesta economía está recargada con el sostenimiento de una masa parasitaria insoportable: banqueros que se enriquecen prestando a interés caro el dinero de los demás; propietarios de grandes fincas que cobran rentas enormes por alquilarlas; consejeros de grandes compañías, diez veces mejor retribuidos que quienes con su esfuerzo las sacan adelante; portadores de acciones liberadas a quienes las más de las veces se retribuye a perpetuidad por servicios de intriga; usureros, agiotistas y correveidile. Los que se aferran al goce sin término de opulencias gratuitas, los que reputan más y más urgente la satisfacción de sus últimas superfluidades que el socorro del hambre de un pueblo, esos, intérpretes materialistas del mundo, son los verdaderos bolcheviques. Y con un bolcheviquismo de espantoso refinamiento: el bolcheviquismo de los privilegiados. Tenéis que pensar que el tener sólo en cuenta los intereses es, desde luego, dar un sentido materialista a la Historia, es ser marxista. Además, el marxismo, tenéis que tener en cuenta que para la clase pobre, para el obrero y para el humilde, tiene una razón de ser. El marxismo matará en ellos todas las cosas buenas de su alma pero les abre un camino. Más criminal es el marxismo de los ricos que son los poseedores de la Naturaleza y del capital. Hay que hacer desaparecer este inmenso papel secante del ocioso privilegiado que se nutre del pequeño productor. El Estado nacionalsindicalista no tributará la menor consideración a los que no cumplen función alguna y aspiran a vivir como convidados a costa del esfuerzo de los demás.

TIERRA

17 El Estado nuevo tendrá que reorganizar con criterio de unidad el campo español.

La reforma agraria no es sólo un problema técnico, económico, para ser estudiado en frío; es algo más que ir a la parcelación de latifundios, a la agregación de minifundios: la reforma agraria es la reforma total de la vida española. España es casi toda campo; por una distribución absurda de la propiedad territorial nuestra vida agraria —la de nuestras ciudades pequeñas y nuestros pueblos— es absolutamente intolerable. Por eso es monstruoso acercarse al a reforma agraria con sólo un criterio económico; por eso es monstruoso que quienes se defienden contra la reforma agraria aleguen sólo títulos de derecho patrimonial, como si los que reclaman desde su hambre de siglos sólo aspirasen a una posesión patrimonial y no a la íntegra posibilidad de vivir como seres humanos.

Hay que elevar a todo trance el nivel de vida del campo, vivero permanente de España. Para ello adquirimos el compromiso de llevar a cabo sin contemplaciones la reforma económica y la reforma social de la Agricultura.

18 Enriqueceremos la producción agrícola (reforma económica) por los medios siguientes:

● Asegurando a todos los productores de la tierra un precio mínimo remunerador.

● Exigiendo que se devuelva al campo gran parte de lo que hoy absorve la ciudad —la ciudad presta al campo ciertos servicios intelectuales y comerciales, pero se los cobra demasiado caros—. Regulación del mercado por los mismos agricultores y no por los acaparadores.

● Organizando un verdadero Crédito Agrícola Nacional. Hace falta dotar al campo de mayores recursos económicos. Si el Estado obligara a la banca a dar dinero al contado sobre el valor de las cosechas con un interés bajísimo, ni los labradores se quedaría con las cosechas sin vender ni tendrían que venderlas a cualquier precio a los especuladores.

● Difundiendo la enseñanza agrícola y pecuaria, llevándola hasta el mismo campesino para orientación y aumentar su capacidad técnica. El campo español necesita que cientos de ingenieros agrónomos fuesen a cumplir la sagrada misión de enseñar, para:

□ sacar a los campesinos del atraso y la rutina propia de siglos de abandono;

□ resolver oficialmente al labrador las incógnitas que en el orden técnico lleva consigo la introducción de nuevos cultivos y el desenvolvimiento de los que hoy no abaste cen el consumo: adaptación según las clases de terreno, conocimiento del ciclo vegetativo, selección de semillas con vistas a las condiciones del clima y exigencias del mercado, dificultades especiales de recolección, etc;

□ introducir nuevos métodos que impulsen la producción. No puede entenderse comprendida en el complejo de facultades que integran el derecho de la propiedad la facultad de producir poco: la independencia nacional y, sobre todo, la liberación económica exige el aprovechamiento máximo de todas las posibilidades naturales del suelo;

□ intensificar el empleo de abonos y máquinas;

□ fomento de la ganadería;

□ mejorar las estadísticas.

● Ordenando la dedicación de las tierras por razón de sus condiciones y de la posible colocación de los productos, con otras medidas como: abaratamiento de los transportes, estudio de mercados, venta cooperativa de productos, apoyo resuelto a las industrias derivadas de la agricultura (como la avicultura, la apicultura y otras), política sanitaria eficaz, industrialización unida a la moderna industria del frío, que permite el almacenamiento y conservación de los productos. El Estado debe tender a la supresión de las grandes importaciones agrícolas que nos hacen tributarios del extranjero en aquellos productos que muy bien pudiera dar nuestro suelo.

● Orientando la política arancelaria en sentido protector de los productos de la agricultura y de la ganadería, sacrificados muchas veces a la defensa de industrias artificiales e inútiles.

● Acelerando las obras hidráulicas y la fertilización de grandes extensiones de tierra adonde hay que hacer llegar agua. Es necesario llegar al aprovechamiento integral de las aguas de invierno, y acometer con decisión las Confederaciones Hidráulicas.

● Racionalizando las unidades de cultivo. El suelo español no es todo cultivable: hay territorios donde lo mismo el ser colono que el ser propietario pequeño equivale a perpetuar una miseria de la que ni los padres, ni los hijos ni los nietos se verán redimidos nunca; hay tierras feraces sin brazos que las cultiven, y tierras dedicadas a cultivos absurdos. Así pues, lo primero que tiene que hacer una reforma agraria inteligente es delimitar las superficies cultivables de España. Dentro de éstas áreas hay que volver a perfilar las unidades de cultivo. No es cuestión de latifundios ni de minifundios —hay sitios donde el latifundio es indispensable; hay sitios donde el minifundio es estimable; hay sitios donde es una unidad desastrosa—; es cuestión de unidades económicas de cultivo, y adaptar a estas unidades económicas las formas más adecuadas de explotación (que serían probablemente la explotación

familiar en el minifundio regable y la explotación sindical en el latifundio de secano).

19 Organizaremos socialmente la Agricultura por los medios siguientes:

● Hay que instalar al pueblo labrador de España sobre las tierras buenas, bien en unidades familiares de cultivo, bien en grandes cultivos de régimen social, redimiendo de la miseria en que viven a las masas humanas que hoy se extenúan en arañar suelos estériles. Para esto habrá que sacrificar unas cuantas familias, no de grandes labradores sino de rentistas del campo —una cosa es el empresario agricultor y otra el capitalista agrario: el gerente de una explotación grande aplica una cantidad de experiencias, de conocimientos, de dotes de organización sin los cuales probablemente la explotación se resentiría, en tanto que si todos los capitalistas agrarios se decidieran un día a inhibirse de su función, que consiste lisa y llanamente en cobrar los recibos, las tierras producirían exactamente lo mismo—. No importa, se les sacrificará. El pueblo español tiene que vivir. Y no tiene dinero para comprar todas las tierras que necesita. El Estado no puede ni debe sacar de ningún sitio —si no es arruinándose— el dinero preciso. Hay que hacer la reforma agraria revolucionariamente, es decir, imponiendo a los que tienen grandes tierras el sacrificio de entregar a los campesinos la parte que les haga falta, distribuyendo de nuevo la tierra cultivable. Por justicia defensores de la expropiación social, lo somos del latifundio en beneficio de la masa desposeída: hay que expropiar forzosamente las tierras a los grandes terratenientes.

● Sindicación de labradores obligatoria. Hay que ir al campo a convencerle de que su remedio está en él mismo, y su arma es el sindicato; es preciso ensayar el cultivo colectivo, y que el agricultor, por medio de los sindicatos, organice todo lo referente a venta, crédito y compra de abonos y aperos.

● Dignificación de la vida rural para el fortalecimiento autonómico de los municipios, la urbanización de las aldeas y villas, la creación de instituciones de beneficencia y cultura, y para fundar pueblos nuevos sanos y alegres.

20 Emprenderemos una campaña infatigable de repoblación ganadera y forestal, sancionando con severas medidas a quienes la entorpezcan, e incluso acudiendo a la forzosa movilización temporal de toda la juventud española para esta histórica tarea, obligatoria para todo el pueblo y finalidad dominante de la ordenación del porvenir. Porque España es un suelo gastado, desollado por la acción suicida de unas generaciones inconscientes, perezosas y desesperadas, que han talado montes y desangrado tierras sin sentido constructivo de la economía. Este problema tiene una honda raíz política, toda vez que el árbol empieza a dar rendimientos al cabo de varios años y habida cuenta que el bosque está reñido con la economía de tipo familiar; los bosques, como puede apreciarse en aquellos sitios en que aún se conservan y perduran, son en su mayoría de colectividades —bienes comunales o del Estado—.

> "Los pueblos sin moral nacional no son nunca libres. En nombre de esa moral y de lo que nos obliga desarrollamos una acción revolucionaria, una lucha de liberación: Liberación del español partidista aniquilando los partidos. Liberación de los catalanes y vascos luchando contra lo que les impide ser y sentirse españoles plenos..."

21 El Estado podrá expropiar sin indemnización las tierras cuya propiedad haya sido adquirida o disfrutada ilegítimamente.

22 Será designio preferente del Estado nacionalsindicalista la reconstrucción de los patrimonios comunales de los pueblos. Todo municipio desprovisto de bienes comunales debe ser repuesto a costa de las grandes fincas que cercan la miseria de los campesinos.

EDUCACIÓN NACIONAL. RELIGIÓN

23 Los problemas sociales y particularmente la elevación intelectual, económica y moral del proletariado, deben resolverse por la intervención sistemática del Estado, para evitar la explotación del hombre por el hombre.

Los pueblos sin moral nacional no son nunca libres. En nombre de esa moral y de lo que nos obliga desarrollamos una acción revolucionaria, una lucha de liberación: Liberación del español partidista aniquilando los partidos. Liberación de los catalanes y vascos luchando contra lo que les impide ser y sentirse españoles plenos. Liberación de los trabajadores, atrayéndoles a la causa nacional y aniquilando la injusticia.

Es misión esencial del Estado, mediante una disciplina rigurosa de la educación, conseguir un espíritu nacional fuerte y unido, emplazar los soportes del patriotismo no en lo afectivo sino en lo intelectual, e instalar en el alma de las futuras generaciones la alegría y el orgullo de la Patria. Queremos que en la escuela sea donde se forme la unidad de España y donde se desenvuelva la alegría y el orgullo de ser españoles.

Todos los hombres recibirán, al mismo tiempo que las enseñanzas profesionales y técnicas —España no puede sanar mientras los carpinteros no sean mejores carpinteros, los matemáticos mejores matemáticos y los filósofos mejores filósofos—, una educación premilitar que los prepare para el honor de incorporarse al Ejército Nacional y Popular de España. Los padres que quieran dar a sus hijos una instrucción religiosa podrán utilizar los servicios del clero con plena libertad.

24 Queremos que España recobre resueltamente el sentido universal de su cultura y de su Historia. No hay patriotismo fecundo si no llega a través del camino de la crítica. No hay escepticismo peor ni doctrina más perniciosa e impotente para las juventudes que el caer en el apartamiento, la desilusión y el desprecio inactivo por las movilizaciones y eficacias del linaje político. Quienes las adopten se condenan sin remisión a un limbo permanente, a una eterna infancia de imbéciles y de castrados.

España necesita con urgencia una elevación en la media intelectual. La cultura se organizará en forma de que no se malogre ningún talento por falta de medios económicos. Todos los que se lo merezcan tendrán fácil acceso incluso a los estudios superiores. La Universidad no ha de ser considerada como una oficina de expedición de títulos, sino como un organismo vivo de formación total. La ciencia no puede encerrarse en un aislamiento engreído: ha de considerarse en función de servicio de la totalidad patria, y más en España, donde se nos exige una tarea ingente de reformación.

25 Nuestro movimiento incorpora al sentido católico —de gloriosa tradición y predominante en España— a la reconstrucción nacional. Pero también por ser totalitario —por no representar a ninguna fracción, aunque ésta sea mayoritaria—, no tiene por qué ser un movimiento dedicado a defender a la Religión: no puede ser confesional.

¿La moral católica? No se trata de eso, camaradas, pues nos estamos refiriendo a una moral de conservación y de engrandecimiento de lo español y no simplemente de lo humano. Nos importa más salvar a España que salvar al mundo... El hecho de que los españoles, o muchos españoles, sean católicos no quiere decir que sea la moral católica la moral nacional. Quizá la confusión tradicional en torno a esto explica gran parte de nuestra ruina. No es a través del catolicismo como hay que acercarse a España, sino de un modo directo sin intermediario alguno. El español católico no es por fuerza ni por el hecho de ser católico, un patriota. Puede también no serlo o serlo muy tibiamente... Hay muchas sospechas —y más que sospechas— de que el patriotismo al calor de las Iglesias se adultera, debilita y carcome. El yugo y las saetas, como emblema de lucha sustituye con ventaja a la cruz para presidir las jornadas de la revolución nacional.

La Iglesia y el Estado concordarán sus facultades respectivas, sin que se admita intromisión o actividad alguna que menoscabe la dignidad del Estado o la integridad nacional.

REVOLUCIÓN NACIONAL

26 Nosotros no satisfacemos nuestras aspiraciones configurando de otra manera el Estado: lo que queremos es devolver a España un optimismo, una fe en sí misma, una línea clara y enérgica de vida común, un movimiento político de entraña nacional profunda y grandes perspectivas sociales, mejor dicho, socialistas. Hay una nación y un pueblo a quien salvar y nosotros lo haremos a base de tres consignas permanentes: Patria, Justicia y Sindicatos, que ofrecen a nuestra ambición de españoles, a nuestra juvenilísima voluntad de lucha, amplio campo de combate y de acción.

No estamos conformes con la actual vida española, emparedada entre dos losas agobiantes de indiferencia histórica y de injusticia social —por arriba, España dimite cada día un poco más de su puesto en el mundo; por abajo, soporta la existencia de muchedumbres exasperadas—. Sentimos la tragedia de la actual desesperanza, de la falta de fe y de generosidad, y de la sobra de egoísmo que hace que seamos un país incapaz de pensar en la posibilidad de soltarnos cadenas que nos atan y quitarnos puñales que nos hieren. España se ha perdido a sí misma: vive un simulacro de vida que no conduce a ninguna parte. Hemos de terminarla transformándola totalmente, cambiando no sólo su armadura externa sino también el modo de ser de los españoles. No queremos que triunfe un partido ni una clase sobre las demás; queremos que triunfe España considerada como unidad. He aquí dos palancas: una la idea nacional, la Patria como empresa histórica y como garantía de existencia histórica de todos los españoles; otra, la idea social, la economía socialista, como garantía del pan y del bienestar económico de todo el pueblo. Nosotros integramos la Patria y la justicia social, y sobre esos dos principios inconmovibles queremos hacer nuestra revolución.

Todas las empresas que hoy son precisas en España para conseguir su elevación histórica y su victoria nacional, coinciden casi por entero con los intereses de la masa laboriosa española.

Falange Española de las JONS, decimos hoy, no quiere ni la Patria con hambre ni la hartura sin Patria: quiere inseparables la Patria, el pan y la justicia; quiere el orden —la revolución bien hecha, la que de veras subvierte duramente las cosas, tiene como característica formal "el orden"—, pero "otro orden" diferente hasta la raíz: un orden nuevo, enunciado en los anteriores principios. Para implantarlo, en pugna con las resistencias del orden vigente, aspira a la Revolución Nacional.

El resultado de la transmutación contemporánea será fatalmente el vencimiento de todas las formas políticas, económicas y culturales propias de la mentalidad y del espíritu de la burguesía capitalista, y a la vez, su sustitución por otras que sean una creación directa de las fuerzas hoy representativas y operantes. Advierte la burguesía que sus ideales políticos, lejos de construir y edificar nada, se transforman apenas salen de sus labios en fuentes de destrucción y de discordia. Sabe que su sistema y su ordenación económica conducen al advenimiento de crisis gigantescas, a su propia ruina y al hambre de las grandes masas en paro forzoso. Ve asimismo, que las instituciones políticas y sociales, creadas por ella, convierten a las naciones en teatro permanente de sangrientas pugnas y debilitan cada día más la solidaridad nacional, hasta poner en peligro la propia vigencia histórica de los pueblos. Percibe que no sabe qué hacer con las grandes oleadas juveniles que van llegando y contempla, por último, la inminencia de su agotamiento y de su desaparición irremediable. La actual sociedad, la que ellos representan, morirá, pero bien muerta estará, y nosotros ayudaremos también a que esa sociedad muera.

Hoy, toda la juventud española que tiene sangre en las venas y cerebro para pensar, es revolucionaria. Y esa revolución, largamente querida y aún no lograda, ¿podrá escamotearse?, ¿podrá eludirse? Eso es absurdo; la revolución existe ya: vivimos en estado revolucionario. Y este ímpetu revolucionario no tiene más que dos salidas: o rompe —envenenado, rencoroso— por donde menos se espera, o se encauza en el sentido de su interés total, nacional —peligroso como todo lo grande, pero lleno de promesas fecundas—. Así han hecho otros pueblos sus revoluciones, que han transformado muchas cosas y se han llevado por delante lo que se debían llevar. Nadie mejor que las juventudes, incontaminadas y valientes, pueden recoger hoy la coyuntura imperial que se nos ofrece. Atropellando a los timoratos, a los liberales burgueses, que son la reacción y el deshonor.

Hay, pues, que someter a un orden la Península toda, sin la excepción de un solo centímetro cuadrado de terreno. Hay que dialogar para ello con los camaradas portugueses, ayudándoles a desasirse de sus compromisos extraibéricos e instaurar la eficacia de la nueva voz. Portugal y España, España y Portugal, son un único y mismo pueblo, que, pasado el período romántico de las independencias nacionales, pueden y deben fundirse en el Imperio.

Frente a esa Europa degradada, mustia y vieja, el Imperio hispánico ha de significar la gran ofensiva: nueva cultura, nuevo orden económico, nueva jerarquía vital.

Sólo así, en pleno y triunfal optimismo, puede tener lugar la creación de nuevos valores sobre qué apoyar el Imperio. Están aún sin adecuada respuesta los mitos europeos fracasados, y corresponde a España derrocarlos de modo definitivo. Hay que poner al desnudo el grado de mentecatez que supone una democracia parlamentaria. Hay que enseñar a Europa que vive en absoluta ceguera política, con sus artilugios desvencijados por los suelos, mereciendo de nosotros el desdén supremo. España tiene su revolución pendiente y hay que llevarla a cabo; no se ha hecho ni la revolución social ni la económica, y nosotros la tenemos que hacer. Por eso nuestra agrupación no es un partido: es —una e indivisible— milicia y partido. Su brío combatiente es inseparable de su fe política; su estilo preferirá lo directo, ardiente y combativo. La vida es milicia y ha de vivirse con espíritu acendrado de servicio y de sacrificio. Nacemos con cara a la eficacia revolucionaria. Por eso no buscamos votos, sino minorías audaces y valiosas. Buscamos jóvenes equipos militantes, sin hipocresías frente al fusil ni a las disciplinas de guerra. Milicias civiles que derrumben la armazón burguesa y anacrónica de un militarismo pacifista.

No queremos que nuestros hijos sientan oprobio al saber que hay hombres que trabajan de sol a sol por un plato de garbanzos y que muchos españoles viven como cerdos. Nosotros no nos conformamos con nada de esto. No nos conformamos con que no haya tiros por las calles, para que se diga que las cosas andan bien: si es preciso, nosotros nos lanzaremos a las calles a dar tiros para que las cosas no se queden como están.

Una revolución no es nunca lo que se propone la media docena de dirigentes. Las máximas lealtades al espíritu del pueblo resulta siempre, a la postre, triunfadoras, y todo cuanto resulte y salga de la Revolución posee el mayor grado de legitimidad apetecible: es la esencia misma del pueblo sin falseamientos ni trucos... Un pueblo es más sincero cuando pelea que cuando vota. No hay minuto más sincero que aquel en que un hombre pone su vida al servicio de un afán grandioso. Las revoluciones son sólo fecundas cuando el pueblo las elabora y hace hasta el fin. En otro caso, desmoralizan el entusiasmo optimista del pueblo, dándole conciencia de su inutilidad histórica.

Para que la revolución triunfe, no sostenida por el artificio de los grupos de pistoleros profesionales y de los provocadores a sueldo, hay que crear una doctrina revolucionaria y enarbolar como bandera una revisión total de los principios políticos y sociales que hasta aquí han condenado a la infecundidad a nuestro pueblo.

27 Falange —como todo movimiento que aspira a triunfar— no puede eludir los combates en ningún terreno; sabe que no le es lícito estar ausente de la contienda electoral como de ninguna coyuntura —sabemos que una revolución ni se vence ni se defiende en las urnas—. La revolución nacional-sindicalista que nosotros estamos propugnando desde hace años, es absolutamente necesaria.

Nos afanaremos por triunfar en la lucha con sólo las fuerzas sujetas a nuestra disciplina, pues no cabe duda que una minoría disciplinada y creyente será la que se transforme en eje implacable de la vida española sobre el que montar el resurgimiento nacional. Para que nuestra revolución sea eficaz, es necesario conquistar la nación antes de conquistar el poder, porque no hay revolución fecunda ni posible siquiera que no sea sentida y servida por una masa, por un ejército popular. Para ello necesitamos luchar, trabajar, sacrificarnos y vencer, pues sólo así —apoyándonos en legiones de hombres alegres, convencidos y decididos, que hayan trabajado, se hayan sacrificado y hayan vencido— podremos con todo derecho, con toda autoridad moral, imponer nuestros principios y nuestras decisiones a los amorfos, a los egoístas y a los traidores, en clara fe de que sólo en nuestro sistema pueda hallarse la vida libre, digna, decorosa y alegre que queremos para nuestra Patria.

Pactaremos muy poco —tenemos que afrontar el porvenir limpios de toda responsabilidad y exentos de contaminaciones que nos llenarían de desprestigio—, y no entraremos en coalición alguna que nos exija el apartamiento de nuestra doctrina. Sólo en el empuje final por la conquista del Estado —hoy el Estado es demasiado fuerte y sólo puede hacerse la revolución social apoderándose previamente de él— gestionará el mando las colaboraciones necesarias, siempre que esté asegurado nuestro predominio: todo el que se lanza a hacer una revolución se compromete a concluirla. Y queremos que la conquista sea verdadera, no ficticia. De tal modo que al arribar a la victoria llevemos con nosotros un pueblo convencido, un pueblo formado, que quiera por sí mismo el nuevo Estado y por sí mismo lo defienda.

Nosotros no podemos estar en ningún grupo que tenga —más o menos oculto— un propósito contrarrevolucionario: no seremos ni vanguardia ni auxiliar de ningún movimiento confusamente reaccionario. La participación de la Falange en uno de esos proyectos constituiría una gravísima responsabilidad y arrastraría a su total desaparición —aún en el caso de triunfo—, porque casi todos los que cuentan con la Falange para tal género de empresas la consideran no como un cuerpo total de doctrina ni como una fuerza en camino para asumir por entero la dirección del Estado, sino como un elemento auxiliar de choque, como una especie de fuerza de asalto, de milicia juvenil, destinada el día de mañana a desfilar ante los fantasmones encaramados en el poder. Consideren todos los camaradas hasta qué punto es ofensivo para la Falange el que se la proponga tomar parte como comparsa en un movimiento que no va a conducir a la implantación del Estado Nacionalsindicalista, al alborear de la inmensa tarea de reconstrucción patria bosquejada en nuestros 27 puntos, sino a restaurar una mediocridad burguesa conservadora (de la que España ha conocido tan largas muestras), orlada —para mayor escarnio— con el acompañamiento coreográfico de nuestras camisas azules. No ya la vida, ni una gota de sangre debe dar ningún camarada en auxilio de complots oscuros y maquinaciones más o menos derechistas... Mejor queremos la clara pugna de ahora que la modorra de un conservatismo grueso y alicorto. Nada, pues, de derechas e izquierdas —no se sabe que es peor, si la bazofia demagógica de las izquierdas, donde no hay manoseada estupidez que no se proclame como hallazgo, o la patriotería derechista, que se complace, a fuerza de vulgaridad, en hacer repelente lo que exalta— grupos que corresponden a las categorías parlamentarias de Europa. Tan sólo debemos admitir entre nosotros tres grupos: 1º El grupo retrógrado reaccionario, cuyo programa sea establecer aquí una purísima democracia parlamentaria, mediocre y burguesa. 2º El grupo marxista, pacifista y derrotista, al que hay que vigilar como posible traidor a la Patria; y 3º El grupo joven, corajudo y revolucionario, que entone marchas de guerra y se disponga a sembrar con sus vidas los caminos del Imperio, a iniciar la rota de las economías privadas y disciplinar el desenfreno capitalista. No tenemos que decir que nosotros formaremos en este grupo último y que todas nuestras fuerzas de actuación y de pelea estarán a su servicio radical.

> "Nosotros no podemos estar en ningún grupo que tenga —más o menos oculto— un propósito contrarrevolucionario: no seremos ni vanguardia ni auxiliar de ningún movimiento confusamente reaccionario..."

Apetecemos el dominio de la producción y de la cultura, de los resortes de prosperidad auténtica, hoy arrebatados por mentes invaliosas que birlan al pueblo el disfrute máximo de la civilización del siglo. El régimen demoliberal llamará a la concordia parlamentaria, cantando las excelencias de la libre discusión, del charlatanismo y de la mugre burguesa. Hay que rechazar de plano esas ofertas y reunirse en Convención acusadora y rebelde las fuerzas que postulen la Revolución. No importa cuál sea ésta. A la postre, en los minutos revolucionarios predominará la más exacta interpretación popular, pues lo que se pide es la colaboración corajuda del pueblo, que en trance de victoria y de muerte, no consentirá influjos ni copias de extranjería. Un poco de optimismo y de fe en el pueblo hispánico autorizan a tener optimismo y fe en los resultados finales de la Revolución.

Lo importante es esto: España ya no puede eludir el cumplimiento de su Revolución Nacional. Si se echan encima el furor marxista o la recaída en la esterilidad derechoide, entonces ya no habrá más que una solución: la nuestra. Habrá sonado —redonda, gloriosa, madura— la hora de la Falange Nacionalsindicalista. ■

José Luis

José Luis Martínez Morant —José Luis, a secas, para sus camaradas y amigos— fue el fundador y director de estas páginas durante muchos años. Fue, además, nuestro jefe indiscutido por tres razones fundamentales: porque dio más que nadie, porque lo que dio lo hizo sin reservas de ningún tipo, y porque su fidelidad a la obra y figura de José Antonio le impidió cualquier componenda o *rebaja*.

Amigo de sus amigos, camarada generoso hasta la temeridad fue, en su vida privada, un trabajador infatigable, una de esas personas que se hizo a sí mismo y que logró un merecido prestigio profesional a base de hacer, como popularmente se dice, *más horas que un reloj*. Nadie, absolutamente nadie, le regaló nada. Se lo ganó todo a pulso, pues su universidad no había sido otra que la propia vida y porque, además, no ocultó jamás su credo ideológico y su militancia política, a pesar de que ello, en principio, podía perjudicarle seriamente.

Falangista sin fisuras, personalidad forjada en el yunque del Frente de Juventudes, nunca le hicieron ni pizca de gracia quienes, disfrazados de azul mahón, trajeron a las filas del nacional-sindicalismo *mercancía averiada*. De ahí su paso por la oposición falangista clandestina, durante el franquismo, y su rechazo de cualquier brizna de derechización de la Falange durante la *transición*.

José Luis, hombre más de acción y de palabra que de pluma, nos dejó sin embargo como herencia no sólo su recuerdo, sino un impagable volumen —de obligada lectura, dicho sea de paso— sobre el doctor Narciso Perales Herrero, otro *rebelde con causa*. ¿Casualidad?

Es a todas luces imposible resumir en tan corto espacio la personalidad de José Luis. Quienes le conocieron en vida, sea cuales fueran sus ideas, pueden dar fe de ello. Para los nuevos militantes que no tuvieron la oportunidad de estrechar su mano, sólo un apunte: gracias a José Luis —y a otros camaradas de su misma sustancia, fe y resolución—, ha podido llegar la Falange hasta aquí.

A nadie extrañe, pues, que José Luis, *nuestro* José Luis, esté presente entre nosotros. ■